



GOBIERNO DE CHILE  
MINISTERIO DE EDUCACIÓN

**LA EDUCACIÓN BÁSICA DE TODOS LOS NIÑOS:  
UNA NECESIDAD IMPOSTERGABLE DE LOS NIÑOS  
Y  
UNA NECESIDAD IMPOSTERGABLE DE LA SOCIEDAD**

Prof. GABRIEL CASTILLO INZULZA



GOBIERNO DE CHILE  
MINISTERIO DE EDUCACIÓN



Proyecto de Aseguramiento de los Aprendizajes Básico

**LA EDUCACIÓN BÁSICA DE TODOS LOS NIÑOS:  
UNA NECESIDAD IMPOSTERGABLE DE LOS NIÑOS  
Y  
UNA NECESIDAD IMPOSTERGABLE DE LA SOCIEDAD**

Prof. GABRIEL CASTILLO INZULZA

SANTIAGO, SEPTIEMBRE DE 2002.

Director CPEIP  
**Carlos Eugenio Beca Infante**

Secretario General Ejecutivo  
**Rodrigo Valenzuela Muñoz**

**Proyecto de Aseguramiento  
de los Aprendizajes Básicos**

**LA EDUCACIÓN BÁSICA  
DE TODOS LOS NIÑOS:  
Una necesidad impostergable  
de los niños y  
Una necesidad impostergable  
de la sociedad**

Autor:  
**Gabriel Castillo Inzulza**

Jefe Equipo de Producción  
de Materiales Educativos  
**Fernando Muñoz Canales**

Digitación  
**Paola Bravo Contreras**

© Centro de Perfeccionamiento,  
Experimentación e Investigaciones  
Pedagógicas del Ministerio de Educación.

Camino Nido de Aguilas 14.557,  
Casilla 18/52, Lo Barnechea.  
Fonos: 2167602-2167607. Fax: 2161552  
E-mail: cpeip@mineduc.cl, www.mineduc.cl

Impreso en Talleres Gráficos CPEIP.  
Doc. N°33670.

Santiago, Chile - CPEIP 2002.



## PRESENTACIÓN

Es especialmente grato presentar a nombre del Centro de Perfeccionamiento, Experimentación e Investigaciones Pedagógicas este texto del Profesor Gabriel Castillo, Premio Nacional de Educación, que lleva el sugerente título de **“La Educación Básica de Todos los Niños: una Necesidad Impostergable de los Niños y una Necesidad Impostergable de la Sociedad”**.

Estamos ciertos que este documento suscitará una reflexión y una discusión entre quienes están verdaderamente interesados en alcanzar una educación de calidad para todos los niños y niñas de nuestro país. El autor pone el acento en la escuela básica en tanto representa la única y gran oportunidad que todos los niños y niñas tienen para lograr aprendizajes significativos para la vida; en sus palabras, la escuela básica es “la instancia social expresamente destinada a asegurar que todos los niños de la sociedad logran poseer, cada cual en el nivel más alto que a él le fuese posible, esos aprendizajes básicos, ese crecimiento en humanidad y ese crecimiento en saberes, que todas las personas necesitan para mínimamente vivir a la luz de la dignidad de que están dotados”.

Estas páginas no responden sólo a un anhelo de su autor de tener una escuela diferente, sino que están respaldadas por una práctica de búsqueda incesante y de logros en el camino hacia una escuela que abre oportunidades a todos. Son muchos los docentes que, bajo la inspiración de estas concepciones promovidas por el Profesor Castillo, están día a día trabajando con sus alumnos y con la colaboración de padres, madres y apoderados, en escuelas rurales y urbanas de distintas comunas de nuestro país, en pos de este propósito. Esas profesoras y profesores están abocados, con seriedad y especial dedicación, a “la suscitación en cada niño de un crecimiento en humanidad a través del aprendizaje de los saberes”.

Resulta, además, oportuno que en los momentos en que el Presidente Ricardo Lagos ha anunciado una reforma constitucional para establecer la obligatoriedad de doce años de estudios, se proponga una discusión orientada a afianzar la escuela básica, pues es precisamente en este nivel donde se juega la posibilidad de que los hijos de los hogares más pobres logren los conocimientos, valores y habilidades que les van abrir caminos hacia aprendizajes de mayor complejidad. Por lo tanto, más allá de los esfuerzos necesarios por mejorar la calidad y la igualdad de oportunidades en la educación media, cobra permanente vigencia el desafío de fortalecer la escuela básica.



Es en esa escuela donde los niños encontrarán abiertas o cerradas las puertas hacia nuevas expectativas de vida. La opción posible por una escuela para todos es la misma que mostraba Albert Camus en su novela autobiográfica "El Primer Hombre" cuando señalaba que los niños "en la clase del señor Bernard sentían por primera vez que existían y que eran objeto de la más alta consideración: se los juzgaba dignos de descubrir el mundo".

Invitamos de manera muy especial a los educadores y personas interesadas en asumir este desafío de toda la sociedad a leer el texto con atención y analizar las consecuencias que se derivan de las palabras del Profesor Gabriel Castillo.

**CARLOS EUGENIO BECA INFANTE**  
**DIRECTOR**

Lo Barnechea, septiembre de 2002.





# **LA EDUCACIÓN BÁSICA DE TODOS LOS NIÑOS: UNA NECESIDAD IMPOSTERGABLE DE LOS NIÑOS Y UNA NECESIDAD IMPOSTERGABLE DE LA SOCIEDAD**

Gabriel Castillo I.

La Escuela Básica puede ser llamada la Escuela para Todos los Niños por el hecho de ser la instancia educativa a la que acuden todos los niños de la población.

Para muchos niños, esta es su única escuela pues, por variadas razones, no siguen en una escuela de continuación.

Para la sociedad, esta es la única vez que tiene a todos los niños de la población en la disponibilidad de tener un encuentro exitoso con esos conocimientos, esas habilidades, esos hábitos, esos valores, que la sociedad considera como los bienes educacionales fundamentales y mínimos que todos sus integrantes necesitan poseer.

Son bienes básicos, propuestos en un nivel primario; pero, como pretenden suscitar un crecimiento humano fundamental a través del aprendizaje de saberes también fundamentales, si todos los niños los poseyeran, cada cual en el grado más alto que él pudiese, su posesión le permitiría, a cada uno de ellos, disponer de un acceso mínimo a su dignidad. Y, juntamente, posibilitaría una sociedad que levantaría su crecimiento y su convivencia a

partir de una plataforma común de educación de todos sus integrantes. Con esa experiencia de una educación básica poseída por todos los niños, los niños y la sociedad aprenderían, además a construir, ya, desde la escuela, esa sociedad de justicia para todos con que sueñan.

Si se acepta la expresión “crecimiento humano” o “crecimiento en humanidad” para referirse al desarrollo de las personas en el campo de los hábitos y los valores; y si, igualmente, se acepta la expresión “aprendizaje de los saberes” para aludir al desarrollo de las personas en el campo de las habilidades y del conocimiento, puede afirmarse que los niños que viniesen de un hogar con un alto desarrollo en el ámbito del crecimiento humano y, al mismo tiempo, con un alto desarrollo en el ámbito del aprendizaje de los saberes, encontrarían en la escuela un nuevo mundo de interacción que continuaría, diversificaría y extendería, hacia otros ámbitos de la vida social, lo aprendido con sus padres y su grupo familiar. Estos niños tendrían, en la escuela, la alegría de advertir que la alta calidad de su educación en la familia estaba también en la escuela y que, desde esas dos distintas fuentes –familia y escuela- ellos podrían extender esa calidad educativa a otras zonas del cuerpo social. Más aún, al ser ellos testigos de esa alta calidad educativa, aportarían una ayuda de gran valor a la educación de los compañeros que no hubiesen contado con esa alta educación del hogar,

Los niños que llegaran hasta la escuela desde un hogar desarrollado sólo en el ámbito del crecimiento humano o desarrollado sólo en el ámbito del conocimiento, hallarían, en la escuela, esa unidad de crecimiento humano y de conocimiento que necesitaban. Al encontrarse, en la escuela, con esos dos mundos unidos, preferirían esa unión y tratarían de llevarla hasta su hogar y hasta los distintos mundos con que entrarán en interacción.

Los niños que proviniesen de un hogar en el que tanto el desarrollo en el ámbito del crecimiento humano como el desarrollo en el ámbito del conocimiento estuviesen atascados, detenidos, descubrirían, en la escuela, el mundo que buscaban, el mundo que les tendría la gran noticia de que no todo es inhospitalidad y que la vida y el conocimiento y la dignidad que no hallaron en el hogar los estaban esperando en la escuela. Allí, en la escuela, estos niños verían aparecer, por fin, esa oportunidad de encuentro con el conocimiento y de encuentro con su vocación humana que ya pensaban que les había sido definitivamente negada. Allí descubrirían la mayor justicia que anhelaban, allí, al mismo tiempo, aprenderían a participar en la construcción de esa justicia. Más aún, aprenderían a llevar esa más alta justicia a la sociedad total.

La Escuela Básica sería, pues, la instancia social expresamente destinada a asegurar que todos los niños de la sociedad logran poseer, cada cual en el nivel más alto que a él le fuese posible, esos aprendizajes básicos, ese

crecimiento en humanidad y ese crecimiento en saberes, que todas las personas necesitan para mínimamente vivir a la luz de la dignidad de que están dotados.

Pero la sociedad no ha asumido esta tarea. Ha preferido darle, a la Escuela Básica, el carácter de primer nivel de selección de alumnos dentro del selectivo sistema escolar. Ha levantado una Escuela Básica en la que ha aceptado matricular a todos los niños; pero no para educarlos a todos, sino para, de esa matrícula, elegir a los que va a educar. La selección la basa sobre lo que la sociedad ha denominado "la capacidad de rendimiento". Llama así a la capacidad que pueda mostrar cada niño para lograr metas impuestas de aprendizaje de saberes que están ubicadas en cada uno de los grados escolares. El alumno que alcanza las metas impuestas de un grado puede continuar en el grado siguiente; quien no logra esa condición, queda retenido. Repite el grado o se va de la escuela.

De modo que la Escuela Básica puede educar solamente a aquellos alumnos que, por cumplir las metas de aprendizaje de saberes impuestas en los distintos grados, son calificados, por la sociedad, como alumnos de buen rendimiento, como los mejores.

Esta creación de una Escuela Básica que no se compromete ni con el crecimiento en humanidad ni con el aprendizaje de los saberes de todos los distintos niños, sino que está organizada para sólo atender a los niños

calificados como de buen rendimiento, le ha traído a la sociedad muy serias preocupaciones.

Si mira hacia los ganadores, hacia los alumnos que han alcanzado las metas de rendimiento impuestas, allí descubre que, entre esos ganadores, existen dos tipos de alumnos exitosos: los que han alcanzado las metas porque han comprendido lo enseñado y los que han conseguido esas metas sólo por un esfuerzo enorme de memorización. Para los primeros, el aprender ha sido como el gozar de una rica comida: para los otros, ha sido un alimento que no han tenido más remedio que tragar.

Para la sociedad, esta última situación es una muy dura noticia. Los niños que han logrado rendimiento pero que no han logrado aprendizaje, que recuerdan lo leído pero que no lo entienden, que aplican fórmulas correctamente pero que ignoran su fundamentación, se han acercado ciertamente a los saberes pero este acercamiento lo han hecho por el lado afuera de su inteligencia. Lamentable será la suerte de estos niños cuando se enfrenten a saberes que, para su posesión, no acepten las solas memorizaciones sino que exijan aprendizajes de un nivel superior. Cuando así ocurra, los niños tomarán, tristemente, conciencia de la baja calidad de los aprendizajes obtenidos, del tiempo que perdieron en esa tan pobre ganancia, de los talentos que dejaron sin desarrollar.

Y cuando la sociedad deja de mirar hacia los ganadores y centra su atención en los perdedores, experimenta asimismo una gran inquietud.

Ahí se da cuenta de que los niños perdedores son tan niños como los niños ganadores. Los niños perdedores, al igual que los niños ganadores, también llegaron hasta la escuela como los predilectos de la sociedad. Por todos los niños, por el hecho de ser niños, la sociedad ha dicho que desea particularmente velar, porque están recién asomándose a la vida, porque andan buscando ser aceptados, porque anhelan saber si poseen talentos, porque quieren averiguar si tuvo algún sentido, para ellos, que hubieran sido llamados a vivir.

Además, los niños perdedores también forman parte de ese grupo privilegiado de pequeños habitantes sobre cuyos derechos, particularmente el de la educación, la sociedad ha realizado una ardorosa defensa en reuniones internacionales.

La sociedad se incomoda vivamente cuando alguien golpea físicamente a un niño; pero mucho más vivamente tendría que incomodarse si pudiese advertir que la escuela que creó golpea no la cara sino el alma de un niño cuando le hace ver que, en la vida que ha recibido, no venían los talentos necesarios para acceder a un mínimo de educación.

Pese a su tan insistente proclamación de su predilección por todos los niños, la sociedad acepta que los





niños que ni aprendieron ni tragaron los conocimientos exigidos abandonen la escuela. Son desechos de la Escuela Básica que quedan, por ahí, botados. Hay empresas que trabajan los desechos de otras empresas y que muestran que, en esos desechos, había riquezas que otros simplemente no vieron.

La sociedad cree que es duro lenguaje el hablar de “desechos” cuando se habla de niños. Tiene razón. Pero la Escuela Básica que la sociedad creó funciona sobre la base de preferir a unos niños y de desechar a otros. Puede que estos últimos niños no merezcan el nombre de desechos; pero ahí están, en la calle, solos, abandonados, viviendo la amarga noticia de no estar en el grupo de los seres humanos a quienes, en la escuela, se les declaró capaces de aprender.

Hay todavía otra preocupación que afecta fuertemente a la sociedad. Es la que nace de la observación de que, entre los niños perdedores en la Escuela Básica, los hijos de los más pobres son mayoría.

Este hecho perturba severamente a la sociedad pues les ha asegurado a los más pobres que no hay ninguna empresa más importante para ella que su lucha contra la extrema pobreza y que la principal herramienta liberadora que pondrá en las manos de los más pobres será justamente la educación.



El incumplimiento de la promesa es ostensible. Y le molesta a la sociedad. Pero más le molestaría el darse cuenta de que la Escuela Básica que ha creado ha sido una institución simplemente replicadora que hace ganar de nuevo a los niños que ya han sido ganadores antes de llegar a la escuela y que, a quienes no han tenido acceso a otros bienes de desarrollo humano, les quita, además, el bien de la educación.

Con su escuela selectiva, la sociedad ha tenido un solo grupo de ganadores: los niños que han logrado las metas de rendimiento impuestas sobre la base del entendimiento de lo que han aprendido. Y, sin embargo, aun en este caso, queda una pregunta sin una respuesta clara: la Escuela Básica no debería ser sólo una institución para el aprendizaje de los saberes; debería ser también, y por sobre todo, una institución para el crecimiento ético, para el crecimiento en humanidad. Y aquí surge la pregunta: Esos únicos ganadores en la escuela, los que alcanzaron las metas impuestas sobre la base de entender lo que se les enseñó, ¿se dieron tiempo y voluntad para ayudar a los compañeros a los que les costaba aprender? ¿O lucharon sólo por sí mismos, preocupados de no bajar el puesto, el puntaje, la calificación? Crecieron en rendimiento; ¿crecieron igualmente en el servicio de los otros? Aprendieron a comprometerse con el conocimiento ¿Aprendieron, al mismo tiempo, a comprometerse con una más justa sociedad?

\*\*\*\*\* 0 \*\*\*\*\*



Los hechos hasta ahora señalados podrían sustantivamente cambiar, a favor de los niños y a favor de la propia sociedad, si la sociedad tomara conciencia de que la educación básica de los niños, lejos de ser un premio destinado sólo a ciertos alumnos calificados como capaces, es un bien a cuya posesión todos los niños tienen derecho en razón de la dignidad que alienta en ellos. Los niños necesitan apropiarse, elementalmente al menos, de valores como el valor de la solidaridad, de hábitos como el hábito de la obra bien hecha, de habilidades como la de leer y escribir, de conocimientos como el saber la historia de su pueblo; pero no requieren esa apropiación por el solo hecho de que esos aprendizajes les permiten realizar tal o cual actividad. Su exigencia surge de una razón mucho más profunda: Los niños necesitan esos componentes centrales de su educación básica simplemente porque su posesión les permite mínimamente vivir como los seres humanos que son.

Esta necesidad de los niños es, al mismo tiempo, una necesidad de la sociedad; y no sólo ni principalmente porque a la sociedad le es más útil para su crecimiento un niño educado que otro sin educación. El que la sociedad necesite la educación básica de todos sus niños se origina en un requerimiento más esencial. Y es que sólo cuando ese bien básico esté en posesión de todos los niños, la sociedad podrá empezar a verse a sí misma como esa comunidad

humana, como esa sociedad para todos, que espera llegar a ser.

Porque la sociedad de ahora no es sólo la relación social que al presente es, sino también, y poderosamente, la relación social que quiere llegar a ser. Por eso pugna por una relación humana de más alta justicia y pretende que, al menos, ciertos bienes básicos necesarios para todos estén efectivamente en las manos de todos. Su anhelo es que no haya ningún integrante de la población que no pueda hacer vigente su derecho a una alimentación mínima, a un vestido mínimo, a una vivienda mínima, a una educación mínima. Consecuentemente, en el ámbito de la educación, siente la necesidad de poner en marcha una escuela para esa educación mínima de todos. Sabe que cuando no sólo exija a todos esa educación, cuando no sólo matricule a todos en la escuela destinada a la educación básica de todos, sino cuando asegure a todos la posesión de esa educación, sólo ese día habrá dado un paso hacia adelante en el camino de la relación social más justa con que sueña.

La sociedad necesita darse cuenta, asimismo, de que la atención preferente que otorgue a la vida y a la educación de los niños es juntamente la preocupación por ella misma; porque al asegurar la educación básica de todos sus niños, está asegurando el crecimiento de sus propias semillas, de esos integrantes suyos que asumirán la conducción de la sociedad futura, los que harán la comunidad humana que los adultos de ahora no han podido edificar.



La sociedad podría sufrir la tentación de pensar que ella tal vez se atrevería a asegurar una educación básica en el caso de aquellos niños que hubiesen contado con una buena educación previa en sus hogares y en sus comunidades; pero que no podría hacerse cargo de la educación básica de aquellos niños que, en sus hogares y en sus comunidades, no hubiesen obtenido esa previa buena educación.

Y, sin embargo, la sociedad tendría que admitir que tanto esos niños que han recibido una buena educación en el hogar y en la comunidad como aquellos que no han recibido esa educación, unos y otros, son los niños suyos, son los niños con que cuenta la sociedad; unos y otros tienen derecho a un mínimo, al menos, de una vida y de una educación coherente con su dignidad de seres humanos; unos y otros, son quienes tendrán la misión de reemplazar a la generación adulta del presente y de poner en marcha esa relación social de justicia para todos, de esa relación sin excluidos, que activa la esperanza de la sociedad de ahora.

Así que, en razón del cuidado de la vida de los niños -que es el cuidado de la vida de ella misma- la sociedad necesita buscar con diligencia los medios que le permitan elevar la condición humanizadora, educadora, de las familias y de las comunidades. Y, juntamente, ha de exaltar la misión educadora de la Escuela Básica porque esta escuela, en acuerdo con los hogares y las comunidades, tendrá que hacerse cargo de la educación básica de todos



los niños, cualquiera haya sido la educación que éstos hayan alcanzado antes de llegar a la escuela.

No es un asunto de inútil porfía. El esfuerzo que haga la sociedad por la educación básica de todos sus niños, al igual que el esfuerzo que haga por el vestido básico, la vivienda básica y la alimentación básica de todos sus niños, es un trabajo insoslayable, es la lucha de la sociedad por sus propias raíces, por los hijos que le tocaron, por la continuidad cierta y clara de su propio proyecto de vida.

La sociedad ha de encargarse pues, a la Escuela Básica, la misión de asegurar que todos los niños, los que han contado con la educación del hogar y de su comunidad como los que no han dispuesto de esa educación, unos y otros, se hagan poseedores de esa educación básica a la que tienen derecho y, sin la cual, ni los niños ni la sociedad pueden llegar a ser lo que tienen que ser. La sociedad ha de organizar, además, a las comunidades y a los hogares para que, junto con la Escuela, se hagan cargo de esta acción.

Para la primera tarea, la sociedad necesita quitar, de la actual Escuela Básica, su intencionalidad selectiva y sus mecanismos de exclusión y, en su reemplazo, necesita fortalecer su intencionalidad inclusiva, educadora, y generar la organización que haga posible la expresión de la nueva intencionalidad. La sociedad puede emplear instrumentos selectivos en otro nivel del sistema escolar; pero no podría emplearlos en una escuela cuyo propósito



expreso sería justamente un propósito contrario, esto es, la educación de todos los distintos niños.

Para la tarea segunda, la sociedad necesita organizar a las comunidades para que, a través de sus diversas instituciones y, muy particularmente, de los padres y apoderados, apoyen el trabajo de la institución escolar. La escuela no podría asumir, por sí sola, una tan grande responsabilidad.

La propia programación del aprendizaje escolar requeriría del trabajo conjunto de la comunidad y de los padres y apoderados y de la escuela pues ya no se basaría en las metas impuestas de la escuela selectiva, sino en las metas concordadas, compartidas, de la escuela para la educación de todos, en cuya determinación y desarrollo participarían, junto al maestro, los padres y apoderados y los niños.

Si la sociedad tomara la conciencia ya indicada, la Escuela Básica no sería ya más una instancia social de aceptación de algunos y de exclusión de otros, de más educación para los que habían sido ya educados y de nueva negación de la educación a quienes, ya antes, la educación les había sido negada.

Sería, ahora, una instancia social universalista, un ámbito de interacción que aceptaría por igual a los que habían tenido ya la suerte de una buena educación y a los que no habían contado con esa misma fortuna; o mejor, a



los que habían podido hacer uso de su derecho a la educación y a los que no habían podido hacer uso todavía de ese derecho.

Su misión sería ahora la más relevante de las tareas sociales: la de asegurarle a la sociedad que todos sus niños, todos, sin faltar ninguno, y cada cual en el nivel más alto que a él le fuese posible, se harían poseedores de un nivel primario pero, al mismo tiempo, fundamental, de educación. Esa educación específicamente consistiría en la suscitación, en cada niño, de un crecimiento en humanidad a través del aprendizaje de los saberes.

La misión de la Escuela Básica no ha de ser pues ni la suscitación del crecimiento humano del alumno aunque éste no aprenda los saberes ni el aprender los saberes aunque el alumno no crezca en humanidad, sino el crecimiento humano de cada alumno a través del encuentro exitoso de ese alumno con el aprendizaje de los saberes. En síntesis, la Escuela Básica no ha de conducir hacia un conocedor, ni hacia un ser humano, sino hacia un ser humano que conoce. Quien, a vía de ejemplo, está aprendiendo el uso de la palabra, si lo está aprendiendo desde su base ética, desde su necesidad de crecimiento humano, no está aprendiendo sólo el uso de la palabra; está aprendiendo, juntamente, y primariamente, a ser ese habitante de la naturaleza que usa la palabra.

Es esta necesidad de unir, en una misma totalidad, el aprendizaje de los saberes y el crecimiento humano la que exige que no se lleve a los niños ni hacia un conocimiento de carácter enciclopédico ni hacia un aprendizaje que pueda ser conseguido a través de la sola memorización. Los saberes así propuestos no respetan la altura de la dignidad humana.

El ser humano es un ser de esencialidad, es un ser que no nació para almacenar indistintamente toda suerte de aprendizajes, sino para distinguir lo fundamental de lo secundario y centrarse con persistencia en la búsqueda de lo fundamental. Es lamentable la situación del niño que, al salir de la escuela, ve que, en sus ganancias, sobreabundan los datos accesorios y es grande la escasez de lo fundamental.

El ser humano es, asimismo, un ser de interioridad, un ser que ha sido llamado a no conformarse con la exterioridad de las cosas, sino a buscar lo que hay adentro de ellas, a no quedarse en la corteza de los hechos sino a penetrar en su interioridad y en su movimiento. El niño empujado a un aprendizaje puramente memorístico es despojado de su condición de ser inteligente y se le empequeñece y se le mutila porque no se le deja apoderarse del saber con sus propias manos y porque se le impide que sea su propia intimidad la que ponga en marcha su capacidad de conocer.

Lo que los niños necesitan es que se los ayude a descubrir y a buscar lo fundamental y que el aprender no se quede en la superficie de lo que se conoce, sino que vaya más adentro y más arriba para llegar hasta su entendimiento, hasta su concepción y su sentido

La unidad del aprendizaje de los saberes y del crecimiento humano exige asimismo que las propuestas de aprendizaje del cuidado de la vida, de toda vida, no se separen de las propuestas de aprendizaje de los saberes. Que no se aparten, tampoco, del cuidado y la valoración de la vida del niño real y concreto que viene a aprender.

Porque el cuidado de la vida no lo aprende, el alumno, en horas dedicadas a tratar el tema o en jornadas denominadas “valóricas” o “formativas”. Ese cuidado lo aprende cuando se da cuenta de que la acción escolar se inicia a partir del cuidado de las vidas reales y concretas de quienes llegaron hasta la escuela. Lo aprende cuando advierte que el aprendizaje de saberes no es propuesto por encima, por debajo, o por fuera de las necesidades de los alumnos y de sus posibilidades actuales de aprender, sino que es una invitación a los distintos alumnos a pararse con confianza en la zona viva de la realidad en que, al presente, habitan, a sacar partido de los talentos que hasta ahora han desarrollado para que, desde ahí, con su propio esfuerzo y con la ayuda de la escuela, de los padres, de la comunidad, puedan empeñarse en el logro de las metas más altas que sean capaces de alcanzar.

Por otra parte, el aprendizaje de los saberes no ha de pretender sólo elevar la calidad de los saberes del que aprende, sino, al mismo tiempo, ha de desarrollar, en él, la actitud de emplear esos saberes para construir, con todo el curso, y, cuando proceda, con toda la escuela o con otras organizaciones vecinales, una comunidad de vida y de trabajo que ayude al aprendizaje y a la dignidad de todos.

Así que el trabajo en la Escuela Básica en vez de ser una carrera aislada que cada niño hace por su cuenta, ha de ser el esfuerzo de todos los integrantes de una escuela y de un grupo curso en el que cada alumno lucha por sus metas individuales y juntamente por las metas de sus compañeros y del grupo total.

El niño vendrá entonces, a la Escuela Básica, a aprender cómo se aprende; vendrá a aprender a formular un plan exigente pero, al mismo tiempo, realista de aprendizaje; vendrá a aprender a comprometerse con las metas que, con el maestro y con sus padres y con sus compañeros ha programado; vendrá a aprender a solicitar ayuda y a prestar ayuda, a luchar por él y por los otros; vendrá a saber cuál es el sentido del conocimiento y cómo se puede tener del conocimiento un mayor dominio y cómo, con el conocimiento, se puede generar más vida en el cuerpo social.

---

Las distintas comunidades, urbanas y rurales, tanto en poblaciones acomodadas como en poblaciones de gran





pobreza, quieren que sus escuelas básicas sean centros controlados de educación en los que, en la mayor medida posible, no penetren los vicios de la actual sociedad y, en cambio, crezcan, y se afirmen con fuerza, sus valores. Quieren que la escuela básica, la escuela de los niños, sea un lugar en donde se manifiesten esos ideales de vida humana que, para la población, forman parte de su imagen esperada de sociedad. Y quieren, juntamente, que los niños, sus niños, aprendan a construir esa sociedad anhelada y que no la aprendan en los libros sino haciéndola, de algún modo, ya, ahora, en la escuela. Quieren que los niños, sus niños, ya ahora, en la escuela, vean, con sus propios ojos, y toquen, con sus propias manos, una vislumbre, una suerte de adelantamiento de esa sociedad deseada.

Si así se hiciera, el niño vendría, también a la escuela a aprender que, ya en la sociedad de ahora, él podría adelantar la ética de la sociedad esperada, él podría participar en el levantamiento de una comunidad de estudio y de trabajo que, en razón de su esfuerzo por elevar la vida y el conocimiento en las personas, en todas las personas, sin exclusión, pondría, en la realidad de ahora, una anticipación de la sociedad más justa que él espera, que su sociedad espera.



## LA REFORMA EDUCACIONAL EN EL AULA



REPÚBLICA DE CHILE - MINISTERIO DE EDUCACIÓN  
CENTRO DE PERFECCIONAMIENTO, EXPERIMENTACIÓN E INVESTIGACIONES PEDAGÓGICAS

---

Camino Nido de Águilas 14.557, Lo Barnechea - Fonos: 2167602-2167606 - Fax:2167662  
E-mail:cpeip@mineduc.cl - www.mineduc.cl